

Galería de Seres Espantosos

Antología

Ilustraciones de O'Kif-MG





www.loqueleo.santillana.com

© 1999, GABRIELA KESELMAN
© 2001, OCHE CALIFA, GRACIELA FALBO, RICARDO MARIÑO,
MARIO MÉNDEZ, GRACIELA PÉREZ AGUILAR, LUIS MARÍA PES CETTI,
LAURA ROLDÁN, ESTEBAN VALENTINO
© 2001, 2009, 2013, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4582-5
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones (originales a color): O'KIF-MG

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Galería de seres espantosos / Oche Califa ... [et al.] ; ilustrado por

O'Kif-MG. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Santillana, 2016.

160 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4582-5

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Oche Califa II. O'Kif-MG, ilus.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Galería de Seres Espantosos

Oche Califa, Graciela Falbo, Gabriela Keselman,
Ricardo Mariño, Mario Méndez,
Graciela Pérez Aguilar, Luis María Pescetti,
Laura Roldán, Esteban Valentino

Ilustraciones de O'Kif-MG

loqueleq

PRÓLOGO

El sábado a la mañana, después de escuchar toda clase de protestas, había logrado finalmente que María y Juan, mis hijos, sacaran a pasear a Lulú y a Bargach, los dos perros que comparten la vida familiar.

Entonces, aprovechando la paz y el silencio que se me ofrecían, me había sentado en el escritorio a corregir un cuento que debía entregar para su publicación.

El sol entraba amistoso por el ventanal y, disfrutando de su tibieza, me había sumergido en la lectura cuando estalló muy cerca un concierto de voces extrañas: sonidos ásperos, que se mezclaban con gruñidos sordos y hasta con algún inquietante aullido, me sacaron rápidamente del estado de calma en que me encontraba.

Antes de que tuviera tiempo de incorporarme para averiguar qué pasaba, algo atravesó la pared, y con un chirrido que hizo rechinar mis dientes, frenó frente a mi propia cara. Me refregué los ojos porque creí estar alucinando, pero no. Eso que acababa de estacionarse en mi escritorio ¡era un colectivo fantasma! Y en un par de segundos vi cómo bajaban de allí: un vampiro más bien petiso, con la capa descolorida y bastante agujereada; un pie enorme sin cuerpo que, sin querer, estuvo a punto de aplastar a varios de los enanos presentes; tres gigantes (uno no paraba de llorar); dos familias completas de monstruos que comían algo parecido a... ¡*puajjjj!*, mejor ni decirlo (aunque ustedes ya van a enterarse) y todos acompañados por algunos invitados especiales como el hombre lobo, la momia y una bruja, y por el fantasma que manejaba el extrañísimo medio de transporte.

Amablemente, les pregunté a qué debía el honor de la monstruosa visita. Fue imposible entender la respuesta porque hablaban todos al mismo tiempo y a los gritos.

—¡Basta, basta! —vociferé yo también, tratando de imponer cierto orden.

Cuando conseguí que me hicieran caso, les indiqué que nombraran un delegado para que me explicara lo que querían.

Después de una ruidosa pelea, donde hubo desde hechizos con sapos hasta intentos de ahorcamiento y furiosos mordiscos, mis extraños amigos se pusieron de acuerdo en que fuera el monstruo deforme, de tres metros y doscientos kilos, el que tomara la palabra.

Doblado en tres, para no chocarse contra el techo, él me contó que, ante la próxima aparición de un nuevo libro de cuentos que los tenía como protagonistas, habían venido a pedirme que escribiera un prólogo para defenderlos de la pésima fama que cargaban sobre sus espaldas.

—Estamos cansados de ser siempre los malos de la película —aclaró, por su parte, el fantasma mientras se acomodaba la sábana que se le deslizaba tapándole los ojos.

—Queremos que los chicos entiendan que es muy pero muy difícil ser siempre

un monstruo —agregó uno de los ogros con lágrimas en los ojos.

Y la verdad es que pensé que tenían mucha razón en lo que decían. Porque yo que los conozco bastante sé que a ellos les divierte andar pegándole sustos a la gente.

Pero también sé que, muchas, muchas veces, en vez de una expresión de terror, en vez de un alarido, quisieran recibir una sonrisa y, por qué no, hasta una caricia.

Todos, absolutamente todos, necesitamos que nos quieran, que nos digan una palabra cariñosa, que nos hagan un mimito. Y a ellos, su aspecto monstruoso los condena a provocar sólo miedo y rechazo. Como si al ver a alguien que es raro, que es diferente, los demás inmediatamente pensáramos que es malvado.

Con estas ideas dando vueltas en mi cabeza, me acordé de una historia que sucedió cientos de años atrás y que yo leí en un libro. Lo que voy a contarles ocurrió alrededor del año 1599. En Maine, una provincia de Francia, encontraron, oculto en el bosque, a un

hombre que tenía cuernos. Como si fuera un animal, se lo mandaron al rey Enrique IV. El monarca, por su parte, se lo regaló a su paje para que lo mostrara como un fenómeno, dentro de una jaula. El hombre de los cuernos murió de dolor y de vergüenza. Su aspecto lo había condenado a ser mirado y tratado como a un monstruo y él no pudo soportarlo.

Un portazo y fuertes ladridos interrumpieron mis pensamientos: hijos y perros estaban de vuelta del paseo. En un segundo, mis amigos se montaron en el colectivo fantasma y atravesando la pared desaparecieron, no sin antes suplicarme que cumpliera con el pedido realizado.

De modo que, queridos chicos, acá estoy escribiendo unas palabras de presentación para los divertidos y escalofriantes cuentos que van a leer. Estoy segura de que van a disfrutar como locos sintiendo cosquillas de terror por todo el cuerpo. Pero les pido también que recuerden las palabras que me dijo el ogro con lágrimas en los ojos: “Es muy pero muy difícil ser siempre un monstruo”.

De modo que, los invito a pensar en mis espantosos amigos con algo de compasión y simpatía por ese papel tan ingrato que les tocó en la vida.

LUCÍA LARAGIONE

**LOS GNOMOS
Y EL GIGANTE SENTIMENTAL**



OCHE CALIFA

Hacía veintisiete días que no llovía. ¡Veintisiete! Los gnomos estaban preocupados.

—Hum —decía uno de ellos—, si sigue así perderemos la cosecha.

La posibilidad de que eso ocurriera los asustaba.

—¿¡Y qué comeremos durante el invierno!? —exclamaban.

La solución no era fácil. La tierra podía ser abonada para que rindiera más; los surcos podían trazarse muy derechos con arados tirados por cascarudos que eran fuertes como bueyes; las plantas, podadas y cuidadas de mil maneras para que no se las comieran bichos malos, pero si no llovía... si no llovía...

—¿Qué pasa si no llueve? —preguntó un gnomito pequeño a su papá.

—Nada podemos hacer si no caen las benditas aguas del cielo —contestó el padre—. Sólo prepararnos para soportar un invierno con poca comida y mucho frío.

Los mayores sabían muy bien lo que eso significaba. Los gnomos necesitaban como nadie las calorías de sus alimentos para sobrellevar el largo período de las bajas temperaturas. Durante ese tiempo, encerrados en sus casas bajo los hongos multicolores, comían y sólo salían si un rayo de sol les hacía señas de que podían hacerlo.

—¿Y si vamos a ver a Barbuz, el gigante? —preguntó uno de ellos.

—¡Barbuz?! —exclamaron todos, y se miraron como diciendo “qué idea tan loca”.

El gigante Barbuz vivía no lejos del prado de los gnomos y se llevaba bien con ellos. Pero el trato no era frecuente porque los gnomos tenían miedo de que Barbuz los pisara. Es que el gigante tenía, por qué negarlo, tanto de bueno como de torpe.

Con los años habían llegado a ciertos acuerdos. Los gnomos no se aventuraban